
HASTINAPURA

diario para el alma

Año 17, Número 100 – Septiembre octubre de 2016

Índice

Historia de Ganesha, Dios de la Sabiduría.....	1
Cuentos del maestro Abhyasa Tirtha (VIII).....	8
Número 100 de nuestro querido diario Hastinapura.....	10
Apatheia: el itinerario de la oración.....	12
Los dos senderos.....	14

Historia de Ganesha, Dios de la Sabiduría

Ada Albrecht, del libro “Satsanga, Cuentos de la India”, en ocasión del mes de Bhadra (Agosto-Septiembre), mes del Cumpleaños del Señor Ganesha

A la puerta de su choza se hallaba sentado un sannyâsin (monje renunciante), de larga barba blanca.

—¿Quieres conocer la historia de Ganesha, el Dios de la Sabiduría? —pregunta a un joven brahmachâry (discípulo), detenido a su lado. Éste no contesta, pero se acomoda a sus pies y escucha.

Entonces, el sannyâsin comienza:

Las miríadas de estrellas del cielo apenas si alcanzarían, como el más débil candil, para iluminar la figura de nuestro Dios que, como te decía, es el padre de la Sabiduría y del Amor Puro y también el Señor de los Resplandores.

¿Te das cuenta, brahmachâry? Él ha enseñado al lirio a florecer, al agua a cantar, al fuego a alumbrar. Ha hilado la vestidura del Día en su propia Divina Rueda, y también la hierática vestidura de la noche. Él ha dispuesto también que todos los caminos de este mundo tengan piedras y flores. Porque si sólo de flores estuvieran conformados los caminos, nadie trascendería al Camino. Fue necesario alternarlas, para que el hombre busque aquello que está más allá de ambas. Con la flor, el Dios Ganesha los incita a perseguir la belleza eterna, pero esa flor que los mueve a la gran Búsqueda, que sirve de acicate, debe ser efímera, pues ésta es la Casa de Mâyâ, la Gran Ilusión. La piedra cumple su papel, haciendo que el Hombre anhele el fin de esa senda, para no encontrarlas más a su paso. Alegrías y pesares, placeres y dolores: ¡he allí la divina mezcla, he allí el mágico filtro que convierte a enanos en gigantes, a peregrinos vagabundos en reyes de sí mismos!

Disgusta al hombre sabio la felicidad de este mundo, porque sabe que inexorablemente será seguida por el dolor. Este tampoco lo turba en demasía, pues no ignora que aquélla lo ha de seguir. Y así, viendo este juego de luces y de sombras en todas las cosas, aprende a diferenciarse de ellas, bajo la guía de nuestro Señor Divinísimo.

¡Benditas sean las tumbas y las cunas, benditos el bien y el mal, la sonrisa y el llanto!

¿No te das cuenta lo que persiguen? ¿No ves lo que buscan con sus alocados vaivenes, con sus fl con el hombre? Buscan cansarlo, ¡oh discípulo!

HASTINAPURA

diario para el alma

“¡Salid de nosotros!”, gritan a los oídos del Alma. “¡Buscad lo Consistente, enamoraos de la Perennidad que no podemos ofrecerlos!”

Con sus danzas carnavalescas, con sus innumerables máscaras, con sus vestiduras de ángeles y demonios, buscan humillarlo. El Hombre es un Rey, y nada hay peor para un Rey que verse humillado. Tan pronto coge en la cesta de su tiempo el fruto de la felicidad, tan pronto la mano del dolor se lo arrebató. No ha terminado de llorar su última lágrima, cuando una nueva alegría ya amanece. Nunca está seguro, siempre vive incierto. Su esencia, que es la Eternidad, no se aviene con estas pendulaciones, y así termina maldiciendo la vida, maldiciendo la muerte, maldiciéndose a sí mismo, abrazado a un cósmico cansancio de ser juguete de las circunstancias.

¡Reíd, reíd! Deteneos. Ahora, ¡llorad, llorad! Deteneos otra vez. Ahora seréis Amos.

¿Os gusta vuestro papel? Entonces ahora, pasaréis a ser esclavos y mendigos.

Nuestro Dios Maravilloso espera con todo esto hacer comprender cuál es el verdadero Camino. Pocos lo comprenden. Lo comprenden sólo aquéllos que tienen despierto al Rey en sus corazones, pues los Reyes no nacieron para participar de estas danzas alocadas. Los

Reyes son estáticos. El verdadero Rey no gusta del movimiento. Además, tan sólo los Reyes saben lo que significa haber perdido un Reino. Tal vez, esa sea la causa por la cual sólo ellos están dispuestos a abandonarlo todo por volver a conquistarlo.

Sus ojos saben diferenciar muy bien la corte del mercado. En los mercados, a veces se venden tronos para Reyes, pero el verdadero Rey, no se aviene a su compra. Los tronos legítimos son de otra naturaleza, y sólo cuando se es Rey puede entenderse en qué se diferencian.

Los falsos Reyes van detrás de los tronos de perlas y rubíes, poseen cortejos de bayaderas, príncipes genuflexos e hipócritas que los alaban en todo momento, y habitan en grandes palacios de mármoles lujosamente trabajados.

También hay falsos Reyes que se coronan a sí mismos llamándose humildes, visten de andrajos, comen en cuencos raídos, y duermen sobre jergones nauseabundos, en chozas de paja y lodo. Cualquiera cosa serían capaces de hacer estos hipócritas por conservar sus máscaras de soberanos. Mas los reyes apegados a la riqueza, y estos otros, fascinados por la miseria, han comprado su reino en la casa del tiempo, y éste inexorablemente los destruirá entre sus poderosas mandíbulas. Los primeros tienen al orgullo material por amo. Los segundos, al orgullo espiritual. Ambos son orgullo, y senda es que lleva hacia la tierra, no hacia la Liberación Celeste.

Por eso te digo que despertar al verdadero Rey en el corazón es el último tramo del Camino, pues es despertar a la indiferencia por todo cuanto se halla manifestado. A esto nos lleva el Dios Ganesha. Él sabe que, en días por venir, todos los monarcas falsos de la tierra, a solas, se preguntarán:

“Pero... ¿a qué estamos jugando? ¿Qué es todo esto que nos rodea, qué es ese afán nuestro de gloria y honor? ¿No pasan glorias y honores? ¿Qué habrá detrás de esos telones suyos?...”

Tímidamente al principio, con ansiedad después, tomarán el Camino de la Gran Búsqueda... Entonces, Ganesha sonreirá esplendorosamente, y abrirá sus brazos para que en ellos se refugien aquellos que decidieron ser auténticos Reyes de sí mismos.

HASTINAPURA

diario para el alma

El viejo sannyâsin hizo una pausa, y luego dijo a su discípulo:

¿Te hablé de las innumerables formas de este Dios? En Egipto los Hombres le dieron figura de perro, y así lo llamaron Anubis, el Gran Salvador de las Almas que cruzan el océano de la vida y la muerte. Él, decían ellos, conducía a la Humanidad hasta su verdadera Patria espiritual. Fue el gloriosísimo Apolo en Grecia, y también fue Minerva. Aquí, en India, lo adoramos bajo la figura del Dios Elefante... Al respecto existe una larga historia que voy a narrártela como pueda. El misterio de los Dioses queda siempre allende las palabras, y sólo logra captarlo el corazón que no habla, pero ama. Comenzó el sannyâsin:

Según nuestras más viejas tradiciones, el Dios de la Sabiduría, al nacer, era tan bello y majestuoso que todas las esencias del universo se disputaban su conquista. Dioses, Rakshasas, Suras y Asuras (huestes de Dioses y demonios de la religión hindú), lo deseaban para sí, pues bien sabían ellos que por su contacto y cercanía, se podía librar uno de la manifestación cambiante. Hijo de Parvati, la diosa Existencia, y de Shiva, el Dios de la Liberación, vino al mundo a traer la Verdad de lo que somos, la mejor y mayor presea de todas cuantas existen. Su angustiada madre, cruzando los mares y ríos del Tiempo, veía extenderse hacia su hijo sagrado manos impuras, que para nada lo merecían todavía.

—¿Qué hacer? —dijo entonces, dolorida.

Y Brahmâ, el Señor de la Creación, repuso:

—Escóndelo detrás de una máscara digna de su Ser excelente. Así, tan sólo los sabios podrán intuir la presencia que se oculta detrás de ella, y venerarlo como corresponde, mas los ilusos no, pues se sujetan a la forma, que es lo único que pueden ver, ya que sólo poseen visión física.

Entonces Parvati interrogó al Dios Soberano:

—¿Cuál es el mayor de todos los animales que tú creaste en esta tierra?

—El elefante —dijo éste.

—¿Y el más noble y bueno?

—El elefante —respondió por segunda vez.

—Entonces —dijo Parvati—, lo ocultaré detrás de una máscara de elefante, para que nadie me lo arrebatase, excepto los clarividentes.

Y, tomando una cabeza de este animal, ocultó en ella el rostro de su hijo divino. Desde entonces, a Ganesha le hemos levantado templos y recitado Mantras (oraciones sagradas), a sus pies.

Los que nada entienden de esta historia suelen reírse de nosotros, y nos llaman idólatras: dicen que adoramos un elefante en nuestros templos. Mas, los versados en las ciencias religiosas, bien sabemos a quién rendimos culto y tributo, bien sabemos quién está detrás de esa forma, y a Él nos entregamos con alma y vida, pues es el Señor del Dharma, el Camino Perfecto, luz en este inmenso valle de tinieblas mortíferas, el que de la mano nos lleva hasta su Padre Shiva, el Padre de los Videntes de Dios, Hombres Perfectos, Reyes verdaderos sobre la tierra.

—Entiende en este símbolo y esta historia —continuó el sannyâsin—, la verdad misma que Ganesha representa. Hasta que no purifiquemos nuestro corazón, no podremos darle cabida en nosotros. La verdad sólo reside en los auténticos: no puede

HASTINAPURA

diario para el alma

ser conquistada por quienes comparten sus deseos con lo Ilusorio, pues mentira y verdad no han nacido para habitar el mismo trono. Cuando una de ellas impera en el espíritu, falta la otra, y viceversa...

Sin embargo, Él trabaja en líquenes y bayanes, en chispas de fuego y en estrellas, para despertarlos a su Ser, que es la Única Realidad. Peregrino de la vida, quiere llevar a ésta hacia la Eternidad, y nada escapa, en la casa-universo, a su esfuerzo fantástico.

Calló el sannyâsin, pues era el atardecer, hora de Puya (rezos e invocaciones a Dios), y meditación. El brahmachâry, respetuosamente, se alejó con el corazón hilando devociones sin cuento, en su rueda enigmática.

“...Trabaja en líquenes y bayanes, en chispas de fuego y en estrellas”, se repetía, al alejarse por el sendero que lo llevaba hasta su morada. Entonces, y como si deseara cantar de algún modo la gloria de este Dios, detúvose en un recodo del camino y dijo, a su manera, palabras que eran la continuación de las expresadas por su maestro el sannyâsin. Con toda su alma, el joven anacoreta cantó así:

¡Salve, Ganesha, Dios Universal de la Sabiduría!

Dueño de los Secretos de Ishvara (el Dios creador), eres Tú quien conoce los enigmáticos resortes de su alquimia cósmica. De una hoja crecida como tantas, artista divinísimo, sabes cómo ingeniártelas, para purificarla y convertirla en pétalo de flor.

Arquitecto de maravillas, has sido Tú quien diagramó el palacio del cosmos, según las necesidades y fantasías de su moradora, la Vida. Respetas su romanticismo de poetisa, su mente analítica de científica, su grandeza de filósofa, su sensibilidad de música. Pones, aquí y acullá, las farolas de tu genio para que Ella no se desoriente en su Camino. Cuando esta honorable veleta desnuda el capricho de su corazón diciéndote “quiero ser tigre”, haces las garras de su defensa, y si luego te dice “colibrí” estructuras el puntiagudo pico y las alas movedizas... o la piel del erizo, la mole geométrica del rinoceronte, la sutileza extrema del lirio, la etereidad casi mágica del alba. Donde Vida quisiera estar, y como quisiera manifestarse, allí Ganesha sapientísimo te diriges a hacer la morada para esta dulce niña, morada serpiente, gusano, átomo o estrella.

¡Oh, para verte mejor quisiera poder ir a esconderme en las raíces de los pinos! Vería entonces que esas raíces son el arco, y tu Amor, la flecha verde y cantarina que las convierte en ramas perfumadas y dulzura de brotes maravillosos. La tierra deja de ser tierra, para convertirse en copa de tu vino alegre de poeta. La escancias con tus labios, y la conviertes en blancos arrayanes, sabios nogales, álamos dorados... Si pudiera volar como los pájaros, con ellos me uniría para verte trabajar en las corolas de sus cuerpos, y sentirme hechizado antes los “mirubies”, claveles rojos convertidos por Ti en llamaradas de cantos, o en las gaviotas ebrias de mar, o las azules golondrinas sin hogar... ¡Oh amadísimo Timonel de la barca de la Existencia! ¡Qué sería sin Ti tu propio padre Shiva! Estático, indiferente al mundo entero, espera en su mansión de luz, por las almas de aquellos hombres píos que despertaron al gran camino de la liberación...

Él, Señor Perfecto, aguarda, pero, Ganesha, eres Tú quien se arrodilla ante la sombra, la cubres de besos, la acunas en el espacio universal, y le enseñas con la paciencia de los sabios cómo se llega a ser aurora.

Luego, eres Tú mismo quien la conduce de la mano hacia la eternidad, eres Tú mismo quien la aparta de la mansión de Ishvara, el Dios Creador, y la conduce hasta

HASTINAPURA

diario para el alma

Brahman, el Supremo Misterio de todos los Misterios, ante cuyo Ser, los mismos padres del Cielo tiemblan de amor embelezados.

El sapo de las charcas, embutido en su piel desteñida y opaca, observa con sus ojos sin gracia a los pavos reales, y suspira imaginándose uno de ellos. Tú penetras en su corazón de batracio, y le enseñas cómo alcanzarlos y cómo todavía superarlos en belleza. Si los seres que llamamos feos dentro de la Creación aceptan mansamente su posición en el orden universal, es porque de algún modo son dueños de tu secreto, y saben que serán trasmutados en estrellas. Ellos trasnochaban con su gran amada, la esperanza, y dejan caer confiadamente las lágrimas en su regazo. La esperanza es tu hija. Otra hija tuya es la alegría.

“¡Cantad, nunca estéis tristes!”, dices a todos los tuyos. “¡Asistid al acto magnífico de vuestra propia perfección! Genio es el Tiempo, y cada ser creado, una futura obra de arte. Yo deambulo con Él, en esta fantástica cantera del universo, y hago de cada partícula suya, una maravilla del cielo.”

“¡Ya verás, pequeña hoja de ortiga, ya verás! Los más suaves y aterciopelados pétalos de los jazmines serán duros y ásperos a tu lado, pues haré de cada espina tuya un alba purificada y diamantina.”

Así hablas, Ganesha, al corazón de la ortiga, y ella ríe entonces, porque te sabe veraz.

Y a la serpiente que se arrastra en el polvo, a la pobrecita de colmillos venenosos, le hablas de alas suaves e inocentes; al lobo, de su transmutación futura en mansa oveja; y al águila sanguinaria que odia a la paloma le aleccionas, susurrándole:

“No sólo tu cuerpo necesita de la no violencia para subsistir. Vives de la carne de los mansos. Tus garras no son sino la metamorfosis del cordero, y tu pico criminal, la alquimización del corazón inocente del becerro. Por ahora, como te señalo, has enseñado a tu carne a vivir de los mansos, más Yo te digo, princesa del espacio, que con el tiempo enseñarás a tu alma a vivir como ellos. Todavía no has logrado conciencia, no te das cuenta todavía que los ríos de tus venas cantan con sangre de venados. El crimen tuyo fue la glorificación de aquéllos. No se te ofrecieron con mansedumbre por ser tú fuerte. Por piedad se te ofrecieron, porque te vieron débil para luchar contra tigres y leones. Aprende a ser buena como sus corazones, que por algo al matarlos, has logrado que sean tus alas el producto de los vellones sacrificados. El águila verdadera se ha quedado en los charcos de sangre de tus crímenes. Águilas de verdad, fueron tus presas. Sus cuerpos ofrecieron para salvarte del hambre que atenaceaba tus entrañas, porque corderos y palomas saben que nada puedes contra panteras y leopardos.”

Al jardín arrogante en su belleza, le dices:

“En tiempos muy lejanos, las flores eran inteligentes, y esa inteligencia las perdió. Se dio cuenta el jazmín de su pureza, la magnolia de su perfume embriagador, la rosa de su corola esplendorosa, y desde ese mismo instante se sintieron diferentes de los matorrales desaliñados, las matas de pasto, los musgos raquíuticos.”

“No devoran las hormigas sus pétalos tibios de sol: devoran su soberbia. La verdadera belleza destruye su propia vanidad. Así pues, las hormigas fueron creadas por el corazón oculto de las flores, que mora en Mí.”

“¡Oídmme vosotras, flores del mundo! ¡Tened mucho cuidado de mostraros arrogantes!

HASTINAPURA

diario para el alma

La belleza es un don celeste, ¡no la esclavicéis a los vicios de la tierra!”

Luego, vas a los mares y te sumerges en sus olas muy hondo, donde ya la luz no llega, muy hondo, donde ni siquiera llega sonido alguno. Entonces, levantas en la mano de tu amor al pez ciego, que no oye ni ve nada, y lo acaricias con dulzura infinita. Le hablas a su inteligencia de pez, como Tú solo, Amadísimo, sabes hacerlo, de otros mundos donde él será toda visión y todo canto. No entiende mucho su pobre cerebro de pez, mas Tú no le hablas buscando ser comprendido.

“¡Presiente! ¡Presiente, antes de comprender!”, le dices. “Él presentimiento es la raíz de la sabiduría. La esperanza existe, porque se alimenta de presentimiento. Así, hijo mío, pez ciego, habitante de las sombras, debes primeramente poder sentir que tus escamas serán hermosas plumas, donde se reflejarán como sobre espejo purísimo, todas las hijas brillantes del cielo. ¡Presiente con todas tus fuerzas, si es que quieres ser dueño de un espacio mayor que el de tu océano! Debes soñarte allá, muy arriba, retozando feliz entre las nubes, por las praderas del cielo. Siente al corazón del viento latir presuroso al lado tuyo, e imagina como puedas al Sol, acariciando la seda vaporosa de tu cuerpo”. Luego, cuéntale la historia de las sirenas, que él conoce, diciéndole:

“Había una vez un pez muy bello y bueno que tuvo oportunidad de ser el dueño del mundo. Los Dioses del Cielo vinieron por él, para extraerlo del agua fría y húmeda, y llevarlo a las regiones celestes. Mas, era tan grande el apego que sentía por su océano, que nunca consiguió liberarse de éste por completo. Así, su transmutación no pudo ser total, y hubo de acomodarse a su naturaleza híbrida, generar seres híbridos como él mismo, amar el cielo y el mar híbridamente; pues mientras con sus labios suspiraba por las estrellas, con la mitad inferior de su cuerpo, se encenagaba en el fondo marino... ¡Guárdate mucho de ser como las sirenas! Para ellas no hay redención posible, pequeño hijo mío, porque dudaron en el momento de la suprema elección.”

“Después, retornas a la superficie, y miras con ojos dichosos a toda la creación. Suspiras al hacerlo, y tu suspiro es divino, y tiene la preñez del amor. ¡Oh Padre, cómo adoras, cómo idolatras ese torbellino de formas, ese torrente de vida infinita que se mueve en tus brazos!”

“¡Caminantes! Caminantes celestes”, les dices a todos. Se lo dices a la pajuela que se mueve nerviosa entre los dedos de la brisa, y se lo dices a los mundos luminosos que giran a millones de años luz de distancia unos de otros. “Caminante”, exclamas inclinándote al lodo, para que él te escuche y sepa que está en tu pensamiento. Caminante llamas al diamante ebrio de fulgor. A las montañas fijas les dices “caminantes”, y también a los verdes valles estáticos y silenciosos. “Caminante” le llamas a la aurora y al ocaso, a los árboles en flor y al árbol seco, cuya única flor es ya la muerte.

Pero a quienes con mayor seriedad llamas así, es a los hombres, Tu obra cúspide. Con ellos, Padre Ganesha, te pones severo, y les dices:

“En el laboratorio de vuestra mente, urdid ideas para conquistar a Dios, limpiadlo primero de todo trazo de mixtura mundana. Con los mismos implementos con que fabricáis vuestros apegos venís después a interrogar por Mí. Luego que no me encontráis, os volvéis escépticos y pensáis que nosotros los Dioses no existimos. Mientras nos busquéis con vuestros corazones puestos en el mundo, no podréis vernos. Entendedlo...”

HASTINAPURA

diario para el alma

“Estáis hechos para salir hacia la Luz. Tenéis mente apropiada para ello, pero no la utilizáis. Vuestra alma sangra en deseos de conquistar la Fe, pero vosotros ponéis cerrojos en sus puertas, y luego os confesáis ateos. Ninguna religión os satisface, porque buscáis entre las formas lo que debe ser alcanzado por vuestra esencia. Vuestro reino es el de la opinión, al cual vais a enriquecer con las fantasías que imagináis, y que llamáis filosofías y metafísicas. Mas Yo os digo, amadísimos hijos del Cielo, que hasta tanto no retornéis a vuestra naturaleza, la que os di, no lograréis éxito en Verme.”

“Quitad de vuestras mentes toda idea de división entre las cosas creadas. ¿Por qué despreciáis a mi hija la oruga? ¿Por qué enaltecéis a los pavos reales? Estáis llenos de barreras interiores, y así, os apartáis de la Verdad, que soy Yo. Volveos como el espacio, acogedores y generosos para con todos. Apartad de vuestros jardines las malezas de la valoración. El valor fue inventado por un enano, y así llamó grande a lo inalcanzable, y pequeño a cuanto era como él. Si Ishvara se guiara por vuestros términos, no habría hombre ni planta ni animal de esos que llamáis malos en el universo. El mal es discípulo del bien, y el bien mismo, discípulo de aquello que está por sobre él, y que se llama Dharma, mi Ley.”

“Mas, sobre todas las cosas, hijos míos, volveos amantes de Dios, volveos religiosos. En todo dilapidáis las monedas de vuestro tiempo, menos en honrarnos a los Divinos, y así, vuestra alma se seca sobre la piel del mundo. Para comer tenéis tiempo, y tenéis tiempo para descansar vuestra carne, para hablar sinrazones, menos para convivir interiormente con el Cielo. Del alimento que os nutráis estaréis hechos, y vosotros sólo conocéis pan y vino, mas no la celeste ambrosía de la oración.”

“Vuestros libros religiosos os ordenan ‘amar a Dios sobre todas las cosas’, mas no escucháis aquello que se os dice, por temor a perder el mundo material.”

Calla el brahmachâry, y piensa por un instante:

“Padre Ganesha, ¿alguna vez, alguien verá tu rostro? ¿Conocerá algún hombre la Luz que te circunda? ¿Estaremos nosotros condenados siempre a observar tu Verdad detrás de mil velos?”

Se pone la tarde, y es largo el camino. Sobre los Himalayas, vuelan las águilas altaneras, y un incendio de oraciones nace del corazón de los anacoretas que, por una vez, antes de sus meditaciones, quisieron hablar del Dios de la Sabiduría.

HASTINAPURA

diario para el alma

Cuentos del maestro Abhyasa Tirtha (VIII)

Enseñanzas sobre los versos 13 al 20 del Bhagavad Gîtâ

por Ada Albrecht

Cierta vez el Maestro Abhyasa Tirtha dijo a uno de sus discípulos:

—Recuerda, hijo mío, que así como tú posees un cuerpo físico, barca por medio de la cual navegas en el océano de las innumerables experiencias, así también, la vida tiene su propio cuerpo; el cuerpo de la vida, hijo mío, es el tiempo. Así como alguna vez abandonarás la última vestidura física que ha de cubrir tu alma, como esta que posees ahora, así también, en aquel glorioso futuro tuyo, dejarás la barca de tus experiencias y tendrás que dejar atrás vida manifiesta y tiempo, para sumirte en el grandioso océano de la Bienaventuranza, que es el Corazón de Dios. Todo en la manifestación se halla sujeto al constante movimiento. Movimiento es búsqueda, siempre es búsqueda de mayor perfección. El movimiento siempre se da en la morada del espacio, desde el átomo a las casi inconcebibles mareas de galaxias, la búsqueda continúa de manera constante. La vida y su cuerpo, el tiempo, trabajan para que ello acontezca. Toda perfección se encuentra al final de una cadena infinita de innumerables movimientos. Esto, tal vez, haya sido el mayor descubrimiento hecho por el hombre de sabiduría. Esta última sólo anhela llegar al puerto sagrado de la quietud. ¡Qué fácilmente se escribe y se pronuncia esta palabra: quietud! Tan lejos estamos de comprender este concepto como las sombras más densas lo están de la comprensión de la luz. Lo cierto es que si observas el camino de la filosofía, de la religión, y de toda metafísica, siempre hay palabras como “estar en paz”, o “absoluta serenidad”, o “posesión de una mente tranquila”. Plotino, el sabio filósofo occidental discípulo tardío de Platón, escribe en una de sus obras “estar a solas con Dios solo”. Ese “estar a solas” involucra la cesación de todo movimiento. El solitario se bebe a sí mismo, no devora con la boca de sus ojos el vino de las innumerables formas de la vida, nada exterior ingiere, nada exterior le atrae. Sumergido en su naturaleza inmaculada, descubre el origen de lo dinámico en la sagrada estatización. Nunca criatura en el mundo puede ser más feliz que el hombre que logra la inefable quietud interior. Es muy difícil su conquista. Mente, sentidos, emociones, ilusiones, son pájaros de oscuro plumaje que cantan en el árbol de la vida, alimentándose de cuanto ella les prodiga. Pueden ser cosas sutiles, como gloria, fama renombre, o densas, como alimento, fortuna, etc. Alguna vez me has preguntado por qué siempre voy a meditar debajo de ese árbol bayán nacido a orillas de la Madre Gangaji. Te lo diré. Observa a nuestra Madre, la de las aguas profundas y los incomprensibles y constantes discursos de sus olas. Símbolo de la vida, la Madre Gangaji no conoce la quietud en su largo andar en búsqueda de la bahía de Bengala. El árbol bayán, situado a sus orillas, permanece, te diría, indiferente al laborioso canto de sus olas, al fluir constante de su corriente. Silencioso, a veces permite que el viento cante en sus ramas, y acaricie sus hojas, pero toda su naturaleza vegetal es quietud absoluta. La vida en él es interna. La vida se traslada desde sus raíces a su cuerpo todo, pero él permanece incólume y silencioso. Es una joya del reino vegetal. Una verde esmeralda que prodiga la luz de su cuerpo generoso, luz hecha ramas, follaje y frutos, a todas las criaturas que se acercan a él. Pero recuerda siempre, recuerda observarlo hijo mío. El bayán está quieto. Si crees que se mueve es porque no lo has observado bien. Toda su acción, como la acción de un hombre sabio, se halla en el interior de su naturaleza. No se mueve hacia fuera. Se mueve interiormente. Ha aprendido a beber la savia de la vida a través de un milagro silencioso y profundo se ha abrazado a sus orígenes, se ha abrazado a su Madre

HASTINAPURA

diario para el alma

Tierra, generadora de su vida. La Madre Gangaji corre, se desplaza, es dinámica. El bayán no. El hombre sabio, hijo, es como ese árbol bayán. El hombre que está aprendiendo el camino del auto-conocimiento, vive en el reino de la acción como nuestra adorada Madre Gangaji. Ambos tienen algo en común. Y ello es que, así como el árbol bayán permanece quieto y sólo comprometido con su Madre Tierra, así también, el hombre, como la Madre Gangaji allende todas sus acciones y movimientos, deriva por el mundo poseyendo el lecho calmo y gigantesco de su ser, donde impera la quietud. ¡Ay de los hombres que sólo entienden del movimiento, de las olas! ¡Ay de los que se comprometen con el bullicioso canto de la superficie de las cosas del mundo! Nunca alcanzarán el lecho de su río interior. Nunca podrán alcanzar tampoco la sagrada raíz divina que hace que el árbol de su existencia se corone de una vida que no es sino aprendizaje. Esta es la quietud de la cual te hablo, y eso es lo que todos los seres humanos estamos buscando. Cosa curiosa, moviéndonos, dinamizándonos a tal extremo perdemos la sagrada visión de nuestra verdadera naturaleza, la bienaventurada quietud, inteligencia, Dios en nosotros, que nos guía hacia el reino sagrado de la Felicidad Eterna.

HASTINAPURA

diario para el alma

Número 100 de nuestro querido diario Hastinapura

Por la Divina Misericordia y Voluntad de Dios, gracias a la permanente guía e impulso de nuestra

Maestra Espiritual, y con la inestimable colaboración de los Profesores de la Fundación Hastinapura, nuestro querido Diario Hastinapura ha llegado a su Número 100.

Al igual que todas las actividades realizadas por nuestra Fundación, este Diario tiene como fin difundir el Amor a Dios, el Universalismo Espiritual, la fraternidad entre los seres humanos, la compasión y la no-violencia, al mismo tiempo que propagar el anhelo de cultivar disciplinas espirituales, tales como la meditación y el estudio devoto de los Libros Sagrados de la Humanidad.

En esta auspiciosa ocasión transcribiremos las palabras que nuestra Maestra Ada Albrecht escribió con motivo de la primera aparición del Diario, en el mes de Marzo del año 2000 con el anhelo de que sean muchos más los números que sigan apareciendo para bien de muchas almas anhelantes de espiritualidad:

Este Diario:

No es para tu mente, porque tu mente, hermano mío, cambia de continuo; hoy anhela una cosa, mañana otra. Su naturaleza es, precisamente, el cambio constante. Si juzgas que no es así, es porque no te has detenido a observarla... ¡Cuántos pensamientos carga en su nave en el término de contados segundos, cuántos que irá a arrojar a arrojar a la playa de la indiferencia y el olvido!

Este Diario:

No es para tus emociones: ellas también son caleidoscópicas y perescibles.

Este Diario:

No es para tu cuerpo: él se halla en constante transformación.

Este Diario:

Es para tu Ser Eterno, ese que debes descubrir, ese que te llama, que anhela tu despertar, tu transformación, tu regreso al País de la Eternidad, que eres tú mismo. Miles de publicaciones se editan a diario, en todos los idiomas, en las grandes capitales del mundo; miles de árboles se sacrifican para extraer de ellos la celulosa necesaria para la manufacturación del papel utilizado por las rotativas, que han de dar a luz periódicos y revistas que hablen de guerra, drogas, sexo, el cuidado de las uñas, el hogar, los animales domésticos, la salud, la moda... La lista sería interminable. Cuando se cree subir espiritualmente, pues, entonces se editan publicaciones sobre tarot, artes marciales, astrología, esoterismo, piramidología...

Este Diario:

No te hablará de nada de eso: él va dirigido al despertar de Dios en tu corazón.

Este Diario:

Busca enamorarte de Dios, nuestro Señor, por el camino sagrado del Universalismo de esa Gran Verdad que prevalece cuando todas las otras verdades aparentes se diluyen en los mares del tiempo.

HASTINAPURA

diario para el alma

Este Diario:

Curará tus nervios, tus angustias, tu “stress”, en la medida en que logres verlo como medicina y camino de tu corazón. Cuanto mayor sea el amor por Dios que brote en tu alma, mayor será tu felicidad, tu contentamiento, tu alegría.

Este Diario:

Es tu Sendero y tu Báculo.

Este Diario:

Quiere llevarte de regreso a tu hogar, que eres tú mismo, totalmente fundido en Dios. Que nuestro Padre nos de la conciencia necesaria para poder servirte.

HASTINAPURA

diario para el alma

Apatheia: el itinerario de la oración

Por Norma Novoa

“El rezo es barca en la cual viajas desde las orillas del mundo pleno de peligros hasta la santificada Otra Orilla donde se alza tu verdadero Hogar...”

Ada Albrecht

Los místicos de todas las tradiciones enseñan que el contemplativo sabe que Dios está presente en toda realidad. Para él, ninguna realidad es profana, su entusiasmo es contemplar la vida para descubrir de qué manera concreta e irrepetible actúa Dios en ella. Contempla la naturaleza y se deja impactar por los bellos colores de las flores, el vuelo de los pájaros, las formas de las nubes, árboles, etc. La mirada contemplativa Ve la Realidad, es profundamente Realista, busca una experiencia personal e inmediata con Dios. Sabe que no estamos separados de Él y se abre a la presencia y acción de Dios en su interior, a través de la fe, el silencio y la quietud, descansando en Él. No busca ningún efecto sobrenatural, ni paranormal, ni siquiera busca encontrar la paz. Tampoco va midiendo el grado de éxito de su oración. Está quieto, en silencio. Por eso todos los místicos enfatizan en que la verdadera oración es la que lleva a la contemplación, donde la palabra debe llevarnos al silencio interior; de la mente debemos descender al corazón. Parafraseando a Nuestra Maestra diremos que la verdadera oración es una fuente para amar a Dios. Nuestra Maestra nos enseña que la oración contemplativa es ver a Dios en todo; ante la pregunta ¿qué es la contemplación?, ella responde:

“La contemplación es el paisaje del corazón, eso es contemplar. Contemplar es con-templo. En ese momento yo soy un templo de Dios.”

Para acceder a esta contemplación es necesario, a través de la oración, haber adquirido, en cierta medida, la apatheia (“A” significa sin, y “patheia” emoción, pasión), que unida a la devoción abre la puerta de acceso a dicha contemplación. La “bienaventurada apatheia”, como la suelen llamar los místicos, no es un fin en sí misma sino que es buscada en vistas a una meta más alta: la contemplación espiritual. Gracias a la apatheia el religioso pasa de la vida virtuosa a la vida contemplativa, y puede gustar de esa ciencia espiritual que tiene dos grados: contemplación de los seres creados y contemplación de Dios. Los monjes orientales suelen definir a la apatheia como la salud del alma, pues ella se establece cuando las tres partes que componen el alma son curadas y obran según su naturaleza. Las tres partes del alma son: la parte racional, la parte irascible y la parte concupiscible (las tres gunas). La parte racional es la inteligencia de espíritu (sattva). La parte irascible y concupiscible forman la parte del alma turbada, la parte “apasionada” (tamas-rajás). Para llegar a la apatheia es necesario, pues, sanar, curar la parte irascible y la parte concupiscible porque allí se encuentran las pasiones, las enfermedades del alma. Cuando la curación se hace realidad, entonces el espíritu ya no es oscurecido por los pensamientos que brotan de la parte del alma turbada por las pasiones. Puede finalmente dedicarse a su actividad natural, esto es: contemplar a Dios Nuestro Señor en su interior y en toda Su creación.

La apatheia consiste precisamente en esa armonía que se establece entre las partes del alma cuando cada una de ellas desarrolla una actividad en plena conformidad con su naturaleza. El concupiscible (que siempre busca placer) desea la virtud y el placer que acompaña a la contemplación espiritual; el irascible (que guía de las pulsiones) lucha por la protección de esos bienes y resguarda al espíritu contra las pasiones que intentan obstaculizarlo. Reinan entonces en cada parte del alma las

HASTINAPURA

diario para el alma

virtudes que le son propias: prudencia, sabiduría e inteligencia en la parte racional; templanza e indulgencia en la parte concupiscible; coraje y perseverancia en la parte irascible; y en toda el alma impera una suerte de ecuanimidad, cuya función es realizar la organización entre sus diversas partes. La apatheia se alcanza cuando se produce esa armonización entre las tres partes del alma.

Debemos distinguir una apatheia imperfecta que se alcanza al vencer las pasiones de la parte concupiscible del alma, y otra segunda o perfecta, que se obtiene al vencer también las pasiones de la parte irascible. Asimismo hay signos que harán saber cuándo se ha pasado de una apatheia relativa a otra más profunda, de una imperfecta a otra más perfecta. El signo característico es la imperturbabilidad frente a los pensamientos. El alma no sólo es dueña de sus pensamientos sino también de sus sueños, pues los sueños revelan el estado profundo de la mente, como nos enseñan los monjes:

“Estoy durmiendo, pero mi corazón vigila”.

Cuando el aspirante comienza a orar sin distracciones, no imaginando ninguna cosa de este mundo, es señal de que ha alcanzado una muy perfecta apatheia. Nuestra Maestra describe magistralmente el concepto de esta perfecta apatheia:

“Dios anhela en nosotros la Suprema Desnudez. Sólo al perder todo, conquistamos todo; la luz de la sabiduría ilumina el paso de los hombres recién cuando éstos se tornan ciegos para el tenebroso apego, que suele elevarse orgullosamente como consecuencias de nuestras pequeñas virtudes”

En el corazón se concentran las actividades espirituales del hombre, las verdades reciben allí su sello, las buenas disposiciones hunden en él sus raíces; el corazón hace amable las acciones. Los malos pensamientos siempre vienen desde fuera y despiertan las pasiones, que acechan al hombre. La tarea de la vida espiritual es alcanzar la apatheia, que significa llegar a una vida tranquila e impasible al mal, nutrida por la sabiduría del corazón, que integra la inteligencia y el amor. Es preciso estar en el mundo siendo un exiliado de él: pies sobre la tierra pero mente y corazón en Dios Nuestro Señor. A través de la contemplación obtendremos ese conocimiento que descubre el sentido final de las cosas, aquello para lo cual fueron hechas, Dios se expresa en los acontecimientos del mundo, todo tiene un sentido divino-espiritual. Ese sentido no se encuentra razonando, sino por medio de una intuición de la sabiduría divina escondida en cada una de las cosas. Así, pues, la meta de la vida contemplativa es el gozo, la intimidad dulce y profunda con nuestro Amado Dios. Él habla con el hombre y el hombre vive con Él y en Él; el mundo adquiere a los ojos del alma una transparencia divina; nada le resulta extraño u hostil; todo le parece cercano y conocido, todo lo considera como amigable y fraternal.

El encuentro inmediato con Dios llega a través la oración, la apatheia es prepararse para esta reunión con Dios, podría decirse que es el secreto de la oración; el resto corre por cuenta de Dios. Si deseamos fervientemente lograr la bienaventurada apatheia, sólo debemos seguir las enseñanzas de nuestra Maestra:

“¡Dios, hijo mío, está tan cercano!, y es cuando damos por tierra con el pensamiento de las grandes búsquedas y de las distancias, que por fin nos capacitamos para abrazarnos a Él y caer a Sus pies”.

HASTINAPURA

diario para el alma

Los dos senderos

por Claudio Dossetti

Los Sagrados Upanishads nos enseñan en diversos pasajes, y de distintos modos, que en nuestra vida podemos

tomar dos senderos: el que nos lleva hacia el exterior, es decir, hacia el reino de los sentidos, y el que se dirige hacia nuestro interior, es decir, hacia el santuario de nuestro propio corazón, morada eterna del Divino Señor.

Por ejemplo, en uno de los versos del Kena Upanishad leemos que el Dios Yama brinda la siguiente enseñanza a su discípulo Nachiketas:

“El Supremo Señor auto-existente causó una herida a los órganos de sensación, creándolos con una tendencia hacia lo externo; es por ello que un hombre percibe con los sentidos solamente los objetos externos, y no su Ser Interior. Sin embargo, una persona serena, que anhela la Inmortalidad, contempla a su Ser Interno con los ojos cerrados.”

La primer parte del verso nos habla del camino que nos lleva hacia el mundo de la diversidad y el cambio, mientras que la segunda parte hace referencia al sendero interno y espiritual.

Debido a que nuestros sentidos tienen “una tendencia hacia lo externo”, por el solo hecho de abrir nuestros ojos, o escuchar algo, salimos inmediatamente hacia el mundo que nos rodea, y como consecuencia de ello nuestra mente —que es muy maleable— toma la forma de aquello que ve o escucha.

A su vez, como todos los objetos se caracterizan por tener algún nombre (Nama) y alguna forma (Rupa), nuestros pensamientos adoptan dichos nombres y formas como si fuesen su propio cuerpo.

Y de allí resulta que todo cuanto conocemos o creemos conocer con los sentidos y la mente no sea otra cosa que nombres y formas, las cuales, según nos enseñan también los Upanishads, son una ilusión, al igual que un espejismo en el desierto, y son cambiantes y pasajeras como las olas del mar. Es por ello que se dice metafóricamente que los sentidos adolecen de una “herida”, la cual no es otra que el dolor nacido de la lejanía de Dios.

Así, los cuerpos físicos de los seres que nos rodean con sus diversos aspectos y sus distintos nombres, la energía vital que los vivifica y a la cual llamamos Prâna, los pensamientos, el intelecto y aún los sentimientos más sutiles y bienaventurados, todo ello se halla comprendido dentro de lo que la Vedânta llama Upâdhis o envolturas ilusorias.

Cuando esto sucede —que es lo que nos ocurre casi a todos los seres humanos durante casi todo el tiempo—, al ver una flor percibimos su forma, su color y su perfume, y entonces decimos: “¡Qué bella flor, y qué perfume tan delicado tiene!” Al ver, durante una noche serena y libre de nubes, el cielo estrellado exclamamos: “¡Cuántas estrellas tan brillantes refulgen en la bóveda celeste!” Al contemplar un atardecer expresamos nuestro sentimiento diciendo: “¡Qué momento tan apacible y qué maravillosa gama de colores se despliega sobre el cielo próximo al horizonte!”

HASTINAPURA

diario para el alma

Todas esas expresiones son buenas, son bellas y enaltecidas de nuestro ser, ya que con ellas estamos alabando la manifestación divina. Sin embargo, a menudo... como dice nuestra Maestra en una de sus sagradas canciones devocionales: “de Dios nos olvidamos”.

Y este olvido de lo Divino radica en gran parte en que vemos las cosas, la variedad, los objetos, los diversos seres, etc., pero por alguna razón no llegamos a percibir la Divina Esencia que reside en el corazón de esos seres. En otras palabras, vemos los cuerpos con los cuales Dios se recubre, pero nos hallamos lejos de percibir a Dios Mismo que reside en su interior.

Es entonces cuando el verso mencionado del Upanishad nos muestra el segundo sendero, el camino divino, y así nos dice que “una persona serena, que anhela la Inmortalidad, contempla a su Ser Interno con los ojos cerrados”, es decir, lo percibe residiendo dentro de su propio corazón.

“Con los ojos cerrados” significa “con la mente y los sentidos recogidos”, esto es, con la mente serena y posada, con devoción, a los Pies del Divino Señor. La expresión también nos indica cómo ha de ser el modo de vida espiritual, una de cuyas características es el evitar contactar en demasía con el mundo circundante y abocarnos con mayores fuerzas a la reflexión sobre las cosas eternas de las cuales nos hablan los Libros Sagrados y una y otra vez nos recuerda nuestro Guru.

* * *

Nos enseñan los Sabios y los Santos que cuando la mente se aquieta, cuando Bhavana o sentimiento divino se acrecienta en nuestro corazón, cuando oramos y meditamos con asiduidad, cuando otorgamos mayor tiempo a estar en cercanía con lo divino, de algún modo el velo de la ilusión se va debilitando y se va haciendo más tenue y transparente, y así, poco a poco vamos viendo la Luz de Dios que brilla detrás de él.

Y luego, con el tiempo, y si el Señor así lo dispone, veremos brillar esa Luz de Dios no sólo en nuestro propio corazón, sino también en el corazón de todos aquellos que nos rodean. Los nombres y las formas ya no nos parecerán tan reales ni tan importantes, y comenzaremos a otorgar más y más valor a aquello que en verdad es Real, es decir, al Divino Señor.

Paulatinamente las diferencias entre los seres se irán diluyendo, y sólo permanecerá Dios, la Realidad. Es entonces cuando percibiremos la Bondad y la Bienaventuranza Divina por doquier, tanto dentro como fuera de nosotros.

Acerca de esto nuestra Maestra Espiritual nos ha enseñado una sentencia de Teófano el Recluso que nos dice:

“Con la oración incesante todos los hombres comienzan a parecerse buenos, y de esta transformación del corazón nace el amor universal por todos.”

Con respecto a la vida espiritual, también es bueno recordar aquí la importancia de lugares especialmente adecuados para el cultivo del recogimiento, la oración y la divina contemplación, tales como los Monasterios, Conventos y Ashrams, donde las actividades consagradas al Señor y el entorno religioso contribuyen para que en nuestro interior se eleve un sentimiento duradero de comunión con Dios. ¡Quiera Dios que cada día podamos viajar siquiera unos breves momentos hacia el santuario de nuestro corazón, donde siempre nos espera el Divino Señor!

HASTINAPURA

diario para el alma

¡Quiera Dios que podamos ser constantes y perseverantes en nuestra búsqueda de Dios!

¡Que a través del recogimiento y la meditación tengamos mayor paz en nuestro interior, y así, brindemos mayor paz a nuestro semejantes!

Om. Paz, Paz, Paz.